

CONTAMOS UN AÑO

Selección aniversario



ETERNA CADÊNCIA
EDITORIA

© 2009, Marcos Bertorello
© 2008, Elvio E. Gandolfo
© 2008, Daniel Guebel
© 2008, Naty Menstrual
© 1989, 2002, Fabio Morábito
© 2009, ETERNA CADENCIA S.R.L.

ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 5582 (C1414BND)
Buenos Aires - Argentina
Tel./Fax: (+54 11) 4802-3300
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com

Agosto de 2009

Edición primer aniversario. PDF obsequio
para uso no comercial.

ÍNDICE

El huidor	4
<i>Fabio Morábito</i>	
Tío	13
<i>Marcos Bertorello</i>	
Química y tabaco	21
<i>Elvio. E. Gandolfo</i>	
La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida	33
<i>Naty Menstrual</i>	
La fórmula de los jesuitas	38
<i>Daniel Guebel</i>	

EL HUIDOR

Fabio Morábito

Cada vez que atrapaban al huidor eran las mujeres quienes suspiraban por que recobrarla la libertad, aunque no era un hombre hermoso, y él no tardaba en fugarse y se lo volvía a ver trepado en las cornisas peligrosas del centro o en las azoteas suburbanas o colgado en las partes traseras de los tranvías. La gente lo señalaba con la misma excitación con que en otras partes se señalaba a un político importante o una actriz famosa, porque era impresionante verlo doblar las esquinas, esquivar los coches y ganar las aceras profundas.

Su mujer se pasaba la vida remendándole su ropa desgarrada por los tirones de los agentes.

—Un día de estos te va a dar un ataque de tanto correr. Deberías conseguirte un empleo decente como todos.

Pero mientras él conseguía ese empleo, tenían que vivir de las chambritas y otras prendas de bebé que ella tejía para clientes particulares y tiendas de ropa.

En su casa el huidor se movía poco, le gustaba mirar los techos de los edificios vecinos y repasar

eternamente los saltos y requiebros necesarios para pasar de un techo a otro. Sobre todo le gustaba sentirse en el único sillón mientras sus hijos jugaban, poner la mente en blanco y “ver” su fuga del día siguiente, adivinar el ritmo, la velocidad y los recortes que iba a tener, sentirla en su cuerpo con su temperatura particular, como una cosa viva.

—Mañana voy a andar por el noroeste —le comunicaba a su mujer, y le daba el nombre de las calles involucradas, pues ella no dejaba de aprovechar esas rutas para encargarle la entrega de unas chambritas.

Aunque a él le desagradaban esos desvíos que echaban a perder la limpidez de sus huidas, durante un tiempo se las arregló para deshacerse de las cajas de cartón en plena fuga, lanzándolas en los balcones y las ventanas abiertas de las clientas, que se sobresaltaban y lo imprecaban. Pero después de varios lanzamientos equivocados se vio obligado a tocar el timbre de las puertas, a entregar el pedido y a despedirse, lo que le hacía perder minutos preciosos. Las clientas, mientras iban por el dinero, aprovechaban para darse una arregladita frente al espejo, ya que algo en la perpetua prisa de ese hombre les tocaba cuerdas hondas.

—¡Cómo asusta usted con sus lanzamientos! El otro día casi me da un ataque. ¿Por qué no descansa un rato y se toma una taza de café?

—Estoy huyendo.

—Pero sólo un ratito.

Se ponían tan pesadas que él prefería sentarse (en la punta de un sofá o de una silla) y les hablaba apresuradamente de cualquier cosa con tal de verse libre para reanudar su fuga, pero ellas ni siquiera lo oían, sólo miraban sus gestos escuetos, su cara casi apagada que le daba un aire entre náufrago y camionero y de pronto lo agarraban de un brazo o de un hombro para besarlo. Él zafábase sin dificultad (en peores se había visto) y con tres o cuatro saltos ganaba las calles o las azoteas, aunque aprendió muy pronto a aprovechar esos acosos como la única manera de abreviar sus visitas y al primer suspiro o mirada lánguida empujaba a las clientas hacia la alcoba para desnudarlas.

—¡No pierde usted un minuto! —gemían, y ya desnudas se movían como locas viendo que él se quedaba casi completamente vestido y con los zapatos puestos.

De encontrarlo en una tienda o en un autobús o en una sala de espera, ni siquiera lo habrían reconocido. Su cara era tan común que nadie se fijaba en él cuando se estaba quieto o sentado. Adoptaba un aire gris y las miradas resbalaban como sobre un bulto de papas. Una vez, en plena comisaría, rodeado de agentes, logró pasar inadvertido. Pero bastaba que se moviera o caminara unos metros (no se diga si daba un salto), para que todos se fijaran en él y exclamaran: “¡El huidor, ahí va!”

–Tú no mires –ordenaban las madres a sus hijas, pero ellas miraban, no lo perdían de vista hasta verlo doblar la esquina o desaparecer por una ventana abierta y esa noche no podían dormir recordando sus movimientos para esquivar personas, árboles y automóviles.

Sus fugas eran tan ajustadas al ambiente, incluso daban la sensación de vivificarlo, de iluminarlo y solidificarlo en lo que tuviera de más resbaladizo y anónimo, que por donde él huía, las cosas parecían aliviarse de una vieja torpeza que las ocultaba a las miradas, como si no existieran. Una ventana potenciaba sus cualidades de ventana y parecía renacer como ventana y consagrarse en su modo de ser ventana si él la cruzaba huyendo. Cada huida suya, que evidenciaba lo caduco y torpe de lo que tocaba, también certificaba su consistencia, y su asombroso talento para no detenerse hacía que la ciudad se viera más holgada e igualitaria, y hasta las fachadas, las capas exteriores y los recubrimientos, que sirven para dar aplomo y acabado a las cosas, no conseguían hacer perder de vista los trasfondos, la humilde materia interna, de manera que la gente, cuando hablaba, no se endurecía en ningún punto de vista, no se adhería completamente a ninguna idea y dejaba un amplio resquicio para la duda y lo inefable.

De algún modo el huidor le daba a la gente lo que en otras épocas le había dado el fuego. Escalaba

lo que parecía inescalable, penetraba por cualquier abertura, todo le servía de peldaño y de soporte, saltaba sobre los techos de los autos como de un balcón a otro, todo lo nivelaba, todo lo convertía en vehículo o puente hacia otra cosa. Su forma de huir recordaba las llamas y un día que pasó junto a un incendio el jefe de bomberos ordenó desviar un chorro sobre él y gritó: “¡Apaguen eso!”, pero el huidor brincó de un balcón a otro y se escabulló entre los aplausos de todos.

Algunos creyeron entonces que tenía repulsión al agua y que si llegaba a mojarse perdería sus fuerzas y hasta un niño podría atraparlo. Tonterías, pues en la temporada de lluvias no disminuían sus fugas, en todo caso su ardor menguaba un poco, se lo veía desganado, si bien era en esa época, debido a la grisura del clima, cuando pasaba más inadvertido y era capaz de pararse en una esquina sin que nadie reparara en él (quizá porque también bajo la lluvia medio mundo sólo se fija en las puntas de sus zapatos).

Con el tiempo sus huidas se hicieron más rectilíneas, con menos desvíos, como si las opciones y los ramales novedosos escasearan. Era evidente que no quería o no podía repetirse y que hubiera preferido detenerse antes que rehacer cualquiera de sus fugas anteriores. Se iba apagando como un fuego. La gente recordaba sus huidas espectaculares

y esperaba que se repitieran cada vez que lo agarraban, pero algunas eran ya tan imperceptibles que sólo él se daba cuenta de que huía y, con todo, cuando la gente lo tenía cerca, no faltaba quien lo atrapa de un hombro o de la cintura, no tanto por el deseo de entregarlo a las autoridades como para poder contar después que el huidor se había zafado de ellos con su milagrosa destreza.

Algunos pensaron que sólo trasladándolo a otro sitio podría renacer su ímpetu, pero las ciudades interpeladas o bien no entendieron de qué se trataba y se negaron, o bien pusieron condiciones inaceptables: que no entrara en ninguna casa y sus huidas se limitaran a los espacios exteriores, como un elemento meramente decorativo, o que completara sus huidas con clases de gimnasia en algún orfelinato o se alistara en los bomberos para echar una mano en caso necesario.

Él, entre tanto, seguía corriendo, pero era evidente que huía de sí mismo, de su pasado, que tenía que agarrarse de las últimas ramas inéditas, obligado a un trabajo menudo, capilar y sordo. A veces tenía que cruzar interiores, forzar puertas cerradas, violar la intimidad de los otros mientras comían o se bañaban o hacían el amor. Odiaba hacer eso, pues nunca le había gustado causar estropicios, pero la gente, que lo conocía, captaba su sufrimiento y sabía que se estaba apagando.

Hasta que un día de lluvia se desplomó en una esquina después de burlar a dos agentes, no como quien tropieza o se resbala (él nunca tropezaba ni resbalaba), sino como quien carece de argumentos para seguir adelante.

La gente se agolpó para verlo, pero ahora que estaba perfectamente quieto (después se dijo que le había dado el ataque unos cien metros antes y que se desplomó muerto hasta la esquina debido al ímpetu de la carrera), todos sintieron vergüenza de estarlo mirando. Estaban tan acostumbrados a verlo huir, a reconocerlo sólo de sesgo y en plena fuga, que ahora que podían mirarlo de cerca y sin empacho, descubriendo cuán anodina era su cara, dudaron de que se tratara de él.

Pero no había chatez en la inexpresividad de su rostro, sino alivio, como si en tantos años de remontarse de barrio en barrio, repasando una calle tras otra, lamiendo cada esquina, muro y ventana, no hubiera hecho más que ensayar los gestos, las fantasías y los impulsos de todos; como si a fuerza de huir hubiera quedado libre de cualquier rasgo propio y cualquier adiposidad personal, hasta volverse un mero compendio o resumen de los otros. Su cara parecía la suma de todas las caras, y esa grisura infinita de su rostro, ahora que esperaban la ambulancia que viniera a llevárselo, hacía que las miradas de todos resbalaran de su cara al cemento

mojado de la acera con cuya grisura formaba una perfecta prolongación, diluyéndose más y más en ella, como si ni siquiera de muerto pudiera abandonar su maestría para fugarse.

Tío

Marcos Bertorello

Ya no sé cómo contarle. Pasó mucho tiempo. Y te confieso que el principal obstáculo, lo que me atormenta, no es tu juicio estético, es la cuestión moral: es más fácil aceptar que el adulto, siempre, es el que insiste, el culpable. Por eso, a veces, te imagino con esa apariencia de tipo adusto, medio distante, oyendo la anécdota como quien mira una ópera, con parecida severidad. Pero yo qué sé, después de todo, qué me importa, si a esta altura del partido lo que debe importarme, lo que realmente debe importarme, es la cosa literaria: la historia. Quiero decir: que sea concisa, que sea directa, que sea divertida. Y punto. Para qué más. Vos, de todos modos, seguro, ya te imagino, con tu voz gruesa, a lo Gardel, diciendo: “¿Y esto?, ¿cuál es el sentido?, ¿por qué revelar ahora una cosa así?”. Y aunque yo me haga un poco la no sé qué, la tipa medio despreocupada, digamos, la moderna; digo, aunque fuerce las cosas para ese lado, vos sabés, lo sabés muy bien, sí, es cierto, tengo algo de monja, por eso, tu comentario, ese comentario que yo imagino y que sé, estoy segura, que

vos harías, me atormenta. Y aunque pasó el tiempo, mi recuerdo es tan fresco que sigo sintiendo lo mismo. Por eso lo cuento así, en presente, como si fuera posible, todavía, seguir siendo aquella, la de entonces.

Tengo once años. El sol del mediodía cae contra mi pelo negro, largo, desprolijo. Uso una bikini lila con estampados de flores. Mi cuerpo parece un poco indefinido y hasta contradictorio: tiene algo de nena, esa cosa sin relieves, austera, del cuerpo de una nena; y además, un par de piernas largas, inquietantes. Y yo, creo, me muevo con cierta soltura, ajena a esa contradicción, a ese peligro. Me meto al mar.

–¡Tera! –oigo una voz, a mi espalda.

Giro la cabeza; el agua me roza los tobillos. El sol, poderoso, sigue molestando. No veo nada. Hago visera con la mano. Distingo la sombra de una silueta. Un rato después sé que esa silueta es mi tío, el hermano menor de mamá. Corre por la playa, viene hacia mí. Tiene un short azul marino, que deja desnudo el resto de su cuerpo atlético, bronceado, de un hombre joven, de unos treinta y tantos.

–¡Tera! –vuelve a gritar, casi a mi lado.

–Tío –digo yo, por decir algo.

–Esperá, vamos juntos.

Y ese “vamos juntos” tiene el inconfundible olor de un pacto. Sobre todo, el “juntos”. Él y yo. El tío, mi tío, y yo, Tera, la sobrina preferida. El “vamos” es un convite: un pasaporte arrugado y viejo hacia un país indecente y secreto.

Dejo que me agarre la mano y corremos al mar con el sol lastimando nuestros hombros, la espalda. La primera ola nos tira, nos ahoga, nos emborracha de un placer histérico.

–Vení –grita el tío, a mi izquierda–, vamos más adentro.

Y ese “vamos más adentro” vuelve a tener ese querido olor de los pactos esotéricos y familiares. El “vamos” ahora no es un convite, es una orden. Pero una orden dicha con ternura, sabiendo que no puedo ni quiero decir que no. Y el “más adentro” es una apuesta.

Seguimos entrando. Damos pasos temerosos, sintiendo la arena del fondo que se mete entre los dedos de los pies. El tío, el hermano menor de mamá, me sujeta la mano con cierta fuerza.

–Cuidado –dice.

Y lo veo a mi lado, un poco más arriba, casi pegado a mi cuerpo de mujercita. Veo su pelo rubio, sus ojos claros, su mentón huesudo y el agua que le llega hasta unos centímetros por debajo del pecho.

–¿Hacés pie?

Y no, no hago pie. Pero no lo digo. O lo digo con los ojos, que es suficiente. Porque el tío, el hermano menor de mamá, pasa su brazo por mi cintura, me agarra y dice:

–Tranquila, te cuido.

Veó una ola, a unos metros, lista para derramarse contra nosotros. Y tengo ganas de saber qué hacen los dedos de mi tío, el hermano menor de mamá, dónde están, qué lugares insospechados de mi piel pretenden acariciar. Pero no puedo. La ola nos sorprende, nos levanta, nos ahoga, nos separa, nos ataca, nos revuelca. En la orilla, me quedo recostada en un charco de agua, entre la arena, boca abajo, descansando, sintiendo el mar que moja mis pies, mi ombligo. Levanto la cabeza. Y tengo una sensación extraña, imprecisa: me siento divertida y desolada al mismo tiempo.

–¡Tío! –grito. Y miro para un lado y para otro. Y no está. El tío, el hermano menor de mamá, no aparece por ningún lado.

–¡Tío! –vuelvo a gritar, dispuesta a incorporarme, salir corriendo, preguntar al guardavidas. O no, o en todo caso, resignada, sabiendo que este juego, este juego estéril, trivial, ya no tiene ningún sentido, si es que tuvo alguno. Y cuando ya creo entender que todo pasó, misteriosamente, sin preámbulos, como si nada, la cosa vuelve a encaminarse. Siento una mano agarrando mi tobillo. No me asusta, siempre hace lo mismo.

–Tío, salí de ahí –me quejo. Pero sé (o mi cuerpo sabe) que no es una queja, es otra cosa. Algo que no puedo entender pero que entiendo. Mejor dicho: sé que es peligroso, pero de ese tipo de peligros que terminan resultando divertidos. O al revés.

–Vamos de vuelta –invita mi tío, de pie, su cuerpo mojado; una mano, la derecha, extendida, invitándome a la contienda; la otra mano, la izquierda, en la cintura. Y pienso: “¡Qué lindo es!”. Y me pongo colorada. Porque lo pienso de manera tan rabiosa que tengo miedo de que mi pensamiento, la sensación, se me escape de la cabeza.

–Dale, vamos –repite.

Y de vuelta entramos al mar de la mano. Saltamos una ola. Y otra. Ahora estamos bien adentro, donde no hay olas sino ondulaciones.

–¿Hacés pie? –vuelve a preguntar mi tío, con el agua casi al cuello, agarrando con fuerza mi brazo.

Esta vez digo:

–No, tío, qué voy a hacer pie.

Mi tío, el hermano menor de mamá, se ríe. Y vuelve a meter su largo brazo por mi cintura y apretarme contra su pecho. Y siento su voz pegada a mi oreja.

–Yo casi que tampoco –dice, para explicar lo que ya sé.

El movimiento del mar nos levanta, cada tanto. Y entonces siento que pierdo equilibrio, que me ahogo. Y casi sin entender lo que hago, atenazo mis piernas en la cintura de mi tío y enrosco mis brazos en su cuello. Le doy un beso en la mejilla.

–Cuidame, tío –susurro.

Y las dos cosas, el “cuidame” y el “tío”, son un piedra libre; un rotundo piedra libre. Y mi tío, el hermano menor de mamá, como el agua que se mueve y mueve sin tener dominio de sí misma, se deja llevar. Siento su mano en mi espalda. Baja por mi espina dorsal hasta la cintura. Se mete por debajo de la malla. Su mano es grande, más grande de lo que supuse, tan grande que llega hasta ahí abajo, y no sé si son sus dedos, o el agua, o qué, pero algo que parece un zarpazo bestial, delicado, recorre mi cuerpo de punta a punta. Y yo, entonces, me aprieto más a su cuerpo, con fuerza, queriendo que ese zarpazo no se detenga por nada del mundo.

–Cuidado –dice mi tío. Y una ola nos levanta, nos separa, nos arrastra otra vez a la orilla. Levanto la cabeza; mi tío, el hermano menor de mamá, está a mi lado, boca abajo, con los codos metidos en la arena, jugando con el agua.

Esta vez soy yo la que digo:

–Dale, tío, vamos de vuelta.

El tío se endereza. Apoya su cabeza sobre la palma de la mano, me mira.

—¿Te parece? —pregunta, sonriendo. Y yo sé, los dos sabemos, que el “te parece” es solo una manera de hacerme pisar el palito, de mostrarse un poco desinteresado, indiferente casi. Para que me ponga de pie, agarre su brazo, haga fuerza para el lado del mar y grite:

—Dale, tío, no te hagas el zonzo, dale.

Y mi tío se incorpore, como desganado, o dejándose arrastrar por mi fuerza, la insignificante fuerza de una mujercita de once años. Y entremos al mar, esquivemos una ola, y otra, y otra, hasta llegar bien adentro, donde yo no hago pie, y mi tío hace pie apenas con la punta de los dedos, y nos dejemos llevar por el movimiento constante del mar, y me vuelva a abrazar al cuello de mi tío y acangrejarme a su cintura, y él se estremezca, y diga:

—Pará, ya te agarro.

Y su mano, su enorme mano, vuelva a meterse por debajo de la malla, y vuelva a jugar ahí; y de pronto, cuando yo siento que mi cuerpo es parte del agua, del mar, hormigueado por un sinnúmero de insectos que corren, picotean, las axilas, los pies, las nalgas, el estómago, los pezones; de pronto, digo, mi tío, el hermano menor de mamá, me agarra una mano y dice:

—Tomá.

Y yo dejo, dejo que mi tío arrastre mi mano por debajo del agua hasta un lugar que no conozco pero que intuyo, y la meta dentro de su short, y sienta como si acariciara una tela extraña; y después, la mano de mi tío, la enorme mano de mi tío, me obligue a sujetar algo grande que yo no conozco pero que intuyo, para decir:

—Dale, Tera, dale.

Y yo, una mujercita de once años que nunca en su vida vio lo que se esconde debajo del short de un hombre, yo,

Tera, la sobrina preferida de mi tío, el hermano menor de mamá, juego con mi mano como la más experta de las mujeres; juego y siento la voz quebrada de mi tío en mi oreja, y el agua, y el mar, y algo placentero, peligroso, extraño parece moverse. Hasta que una voz lejana, chillona, me desconcierta, y me deja como aturdida, sin comprender en qué lugar del mundo me encuentro:

–¡Tera! ¡Te volviste loca!

Y me doy vuelta. Y entonces veo, lejos, en la orilla, a mamá con su malla negra. No para de gritar:

–¡Vení! ¡Por favor!

Y una ola inmensa nos vuelve a empujar, separar, arrastrar otra vez hasta la orilla. Me levanto.

–Qué hacías ahí, mar adentro, nadando sola, ¿te volviste loca? –dice mi madre, mientras me ayuda a ponerme de pie, acomodarme la malla. Giro la cabeza, miro hacia el mar, buscando a mi tío, mi adorado tío, el hermano menor de mamá.

QUÍMICA Y TABACO

Elvio E. Gandolfo

Nunca llegué a fumar. No me atacó la costumbre en la secundaria, el momento ideal. Igual no sabía qué hacer con las manos en los ascensores, cuando iba al centro, a entregar trabajos del lugar donde era cadete. Sospecho que eso retrasó considerablemente mi avance no hacia la madurez, sino hacia la imagen de la madurez. Lo que veo cuando miro con el recuerdo aquellos años es invento puro, desde luego, pero psico-geográficamente creo que se ajusta bastante a la verdad.

Tenía poco más de diecisiete años y me invitaban a la única reunión del año que yo solía aceptar con tipos y tipas de más o menos mi misma edad. Justamente porque no quería dar la imagen de la edad que tenía, tenía un neurótico profundo oculto en alguna parte de mi espíritu que me llevaba a proyectar una imagen supuestamente mucho más madura. Así que no bailaba, no hablaba, no me reía, me quedaba en un rincón del cuarto cargado de tipos como yo pero

distintos, y mascullaba entre dientes mi aburrimiento o mi rencor, sobre todo cuando alguna mujer (o muchacha) se acercaba y me invitaba explícita, verbalmente, a bailar.

–No –decía yo, corto, seco, casi un fumador, pero sin cigarrillo, con las comisuras de los labios hacia abajo y una barba de tres o cuatro días. Si era alguien que me gustaba mucho, agregaba:

–Gracias. –Y cuando miraba desde lejos a los que fumaban, si los había, empleaba un tono resentido para pensar: “Que fumen ellos, si quieren”.

Después me quedaba ahí, con los ojos perdidos en el espacio (aunque tratando de dar la impresión de que estaba pensando profundamente, o concentrado en graves problemas personales), salvo cortas miradas de reojo, para que advirtieran hasta qué punto era yo mucho más adulto que ellos. Increíblemente, muchos años después, crecí un poco. Y una vez leí una frase, no recuerdo de quién, que fue un bálsamo para mis oídos: “Aquel que quiera ser joven cuando viejo, deberá ser viejo cuando joven”. No creo equivocarme si afirmo que nadie fue más viejo que yo a los diecisiete años. Y que gracias a una manía mucho más fuerte que el tabaco y que ocupó casi todo el espacio y el tiempo –leer–, di con esa frase, quizás falsa pero para mí balsámica.

Nunca empecé a fumar. Pero aquella barba permanente de tres o cuatro días se me quedó pegada a la cara por el resto de mi vida, o lo que va de ella hasta este momento en que escribo. Fue un vicio

tan imposible de abandonar como lo es, para otros, fumar. Porque mi rostro, sin esa barba, parece inimaginable: las dos veces que me afeité desde entonces, le provoqué sustos de cuidado a mi pequeña hija primero, y a mi misma hija adolescente después, que por suerte había logrado ser mucho menos vieja que yo a la misma edad.

Yo no fumaba. Si no me equivoco, mis hermanos Mario y Sergio tampoco. Si no me equivoco, mi hermano Carlos sí, fuma o fumaba. La que fumó siempre, sin la menor duda, es mi hermana Ema. Mi hermana más menor, María, no sé si fumó o no fumó, o si fuma ahora, en presente, de vez en cuando. Mi madre, dueña de una pureza suiza invulnerable, no fumó.

El fumador fue siempre mi padre. El cigarrillo de mi padre, y su humo, sus paquetes de distintos colores envueltos en celofán, sus filtros, sus implementos entre absurdos y lógicos (boquillas, pipas, y otros artefactos destinados a fumar menos sin dejar de fumar), incluso aquel período de cigarrillos de mentol prodigiosamente desagradables y dulzones (como si fumara sucesivos trozos de tiramisú humeantes) dejaron en mí un recuerdo inolvidable.

Mi padre fumaba con la seguridad, la elegancia y el aplomo de los galanes del cine italiano de, digamos, entre los años cuarenta (donde nací) y los años setenta. También, alternadamente, con la insolencia, el desparpajo y hasta la comicidad de ciertos capocómicos cinematográficos del mismo origen, o de esos

mafiosos baratos, de apoyo, que aparecían en ciertas películas policiales. Recuerdo con especial delectación una boquilla de tono azulado o verde, totalmente absurda, que me hacía reír: junto con muchos otros objetos y observaciones, esa boquilla construyó en gran parte mi sentido del humor, que me ayudó a pasar por la secundaria sin aprender a fumar y sin efectos secundarios graves.

Mi padre, cuando la usaba, empleaba gestos mucho menos convincentes que cuando fumaba sólo cigarrillos. Peor aun: explicaba. Como sus sucesivos hijos lo mirábamos de reojo, con cierta sospecha de engaño o cierta incomodidad, creía necesario no perder ese puesto de padre cabal, tan sólidamente ganado, arrebatado a sus decenas de horas de trabajo en un taller, y lo defendía siendo docente, minucioso.

—Fíjense —decía, y se quitaba la estrambótica, colorida boquilla de los labios. La tomaba entre las manos y la desenroscaba con dos o tres gestos decididos, que parecían retrotraerlo a la época en que fumaba cigarrillos a secas. De ese modo podía extraer un trozo de algodón que quedaba dentro del cilindro de plástico verde o rosado—. Todo esto, si no la usara, iría a los pulmones —y señalaba didáctico la mitad del algodón totalmente ennegrecida, amarronada, pegajosa.

Después de que yo, el mayor, el que nunca fumó, tuvo más edad, y la escalera de hermanos también tuvo otras edades, mi padre siempre tuvo una tarea adicional a la de usar pipa (duró muy poco), buscar boquillas

más eficaces, fumar mentolados o triturar algo con los dientes para no volverse loco: dejar de fumar, o sea lo único eficaz. Pero nunca pudo llegar ni al año de abstinencia. Salvo tantos años después que todos habíamos dejado de ser sucesivamente niños, adolescentes y jóvenes.

Eran luchas perdidas de antemano. Porque mi padre tenía fantasía, ganas, deseos, planes absurdos de cumplir en una amplia masa familiar que dependió durante tantos años de un solo sueldo: picnics, viajes en tren a visitar nuestros abuelos, idas al cine, etc. Ante la tensión no solo de juntar esas dos cosas imposibles (proyectos de diversión colectiva y falta de dinero), sino también ante el modo en que se le hacía cada vez más cuesta arriba su propio trabajo, en un taller cuyo techo se sobrecalentaba en verano y que tenía el entretecho invadido por murciélagos malolientes, mi padre fumaba y fumaba. Cuando no estaba en una de esas dos condiciones de tensión, fumaba por placer, por ganas de tener pinta de galán entre duro y tierno del cine italiano; fumaba, parafraseando el tango, porque sí, de puro curda. Con frecuencia tenía esa pose inevitable del proletario que fuma mientras hace su trabajo, con el pucho colgándole hacia abajo y un ojo entrecerrado por el humo.

Más adelante, cuando después de años de esfuerzo tuvo su propio taller, fumó un poco menos. En esa época hizo sus intentos sucesivos por dejar. Pero siempre recaía, y cuando lo contaba, lo hacía con cierto placer,

dato ese —el del placer ante el abandono de una postura rígida— que nunca se tiene en cuenta con el tema. Me contaba una vez con una sonrisa nostálgica, fumando, cómo había recaído la última vez: iba con un tío por la carretera cuando vio un gigantesco cartel de los cigarrillos Camel, si no me equivoco con los famosos camellos. “Me dio un placer tan grande verlo, unas ganas inmediatas tan fuertes de fumar, que me dije: ‘es solo este paquete’. Y ahí quedé, enganchado”, remató, con una sonrisa aun más amplia, mientras seguía fumando un cigarrillo que no era Camel, porque en ese momento estaban carísimos.

Mi padre tenía por lo menos dos vicios fuertes: el cigarrillo y la lectura, como yo. Y una devoción: el trabajo de imprenta. Yo estaba seguro de que iba a ser de esos tipos que siguen al pie de la máquina hasta el último aliento. Por eso me resultó una práctica lección de vida que, alrededor de los setenta años, dejara por completo el trabajo y se pusiera a trabajar en cambio con tenacidad en una serie de libros de poesía que fue escribiendo. En esa época, más o menos, dejó de fumar. Cedió definitivamente ante el susto que le propinó un médico al preguntarle si seguía queriendo a mi madre. Contestó: “Por supuesto”, escandalizado, echándose hacia delante, al borde de la agresión física en el mejor estilo tano, frontal. Entonces el médico le dijo que si seguía fumando, le estaba quitando entre cinco y diez años de compañía. Y mi padre dejó. Así de eficaces para asustar son algunos médicos.

Por mi parte no sentí ni siento ninguna emotividad fuerte alrededor del cigarrillo: me daba y me sigue dando lo mismo que la gente fume o no, y a veces ver fumar me provoca un placer estético profundo, sobre todo en algunos grandes rostros femeninos de la pantalla. De la misma manera en que no fumo, tampoco aprendí a manejar un auto, y sigo hasta hoy virgen de celular. No me molestaba, por ejemplo, cuando fumaban estando yo presente, ya de niño y tampoco más adelante. Menos me impresionó el argumento de la salud. De hecho toda defensa a ultranza de la salud me ha parecido siempre un poco ridícula, empezando por la gimnasia y el aerobismo. Hasta las vacunas. Dicen que son casi siempre la enfermedad debilitada, y me digo que es exactamente así.

En los tiempos recientes, en que el mundo occidental emprendió la cruzada final contra el tabaco, vi cambiar las costumbres con cierta diversión: en Montevideo al menos, a partir de las medidas que tomó su presidente oncólogo, la regla se aplica con fuerza de ley y en cualquier cena o encuentro en un bar, el que fuma o los que fuman salen a fumar al patio o la vereda: se consiguió al fin hacerles sentir a los fumadores cierta marca fuerte, restrictiva. Hay algunos momentos del día, a media mañana o media tarde, en que a lo largo de la calle Tristán Narvaja pueden verse empleados o empleadas de sus abundantes librerías fumándose un cigarrillo en la vereda, y charlando con los libreros o librerías aledaños, espectáculo a la vez

pintoresco y agradable que suelo presenciar si ando caminando por allí a esa hora, cosa que ocurre con frecuencia. Por mi parte, cuando más de un taxista me pregunta si me molesta que fume, le digo que no.

Se suele explicar la dependencia por la ingestión de nicotina. Pero el punto clave creo que está en la sensación palpable, abundante, física de fumar: el fósforo o encendedor primero, y su fuego, después el calor que se expande en el torso, por dentro. Como dice Iain Gately en una historia del tabaco: “No cabe duda de que los primeros americanos fueron los inventores de un nuevo sistema de consumo: la inhalación. [...] Los pulmones constituyen una gran superficie de tejido absorbente, recorrida por una densa red de vasos capilares que transportan el oxígeno, el veneno y la inspiración del corazón al cerebro. La capacidad de absorción de estos capilares es cincuenta veces mayor que la del paladar o el colon. Por lo tanto, fumar es –después de la aguja hipodérmica– la vía más rápida de incorporación al torrente sanguíneo”. Pero la aguja pincha un punto, y el humo empapa con su nube la gran superficie del pulmón, con una sola seca profunda.

En parte el atractivo de fumar tiene que ver con la dureza, la aspereza, el famoso país de Marlboro y Humphrey Bogart (que murió bastante joven de cáncer, y a mucha honra). El que fuma bien (la que fuma es un tema distinto) es alguien que enciende lentamente, que aspira mirando la brasa, que se mantiene un poco en

silencio, que se la banca: hasta cierto punto un duro. En los tiempos modernos la mejor oda al cigarrillo que existe es una película del cine oriental: *Con ánimo de amar*, donde Tony Leung expulsa nubes de humo que Won Kar Wai filma con delectación y cámara lenta, con música de cuerdas que cantan una melodía inolvidable a la mística del humo, la frustración y el amor. Como corresponde a un fumador, su amor por la mujer de otro (cuyo marido la engaña con la mujer de Leung: típica historia de fumadores) nunca llega a consumarse (en todo caso puede haber existido un beso bajo una lámpara callejera barrida por la lluvia). Para perfeccionar el asunto, esa clase media china incluso un poco alta de los años sesenta, que sin embargo vive en sórdidas pensiones, tiene la banda sonora que corresponde: canciones típicas, clásicas y en castellano de Nat King Cole, que, no sé por qué, se me ocurre que no fumaba demasiado, pero que brinda el fondo sonoro perfecto para una película con humo de cigarrillo visto poéticamente. El personaje de Leung, hay que agregar, es periodista. En su modesta oficina expulsa el humo que sube en cámara lenta, y las formas del humo representan como ninguna otra cosa (también uno de los más reproducidos afiches de *Barrio Chino*, la película de Polanski) al deseo, de cualquier tipo, en este caso extremo, trancado y sentimental.

En los últimos años hay un tema que me preocupa, en mi contacto lateral pero inevitable con el hábito de fumar de los demás. Cuando niño, incluso

cuando joven, el recuerdo que tengo de las habitaciones donde fumaban mi padre y otros es de un humo denso, pero con olor a tabaco, incluso cuando el cuarto ya estaba desocupado. En cambio basta con que esté cierto tiempo hoy al lado de alguien o de varios que fuman para que un rato después, al sacarme un pulóver por ejemplo, me invada, casi me asfixie, el puro olor hediondo, químico, de algo que parece plástico barato quemado. En casa, basta olvidarme de lavar un cenicero un poco cargado para que horas después, al entrar al cuarto, me pegue en la nariz el mismo olor desagradable, cadavérico y violento.

Pero la idea de investigar realmente si algo cambió en la composición de ese invento tan típicamente norteamericano que es el cigarrillo, si pasó de un mayor porcentaje de tabaco real a un mayor porcentaje de productos químicos malolientes, tendría que relacionarse con algo emotivamente más intenso para mí que el tabaco. Me limité a través de los años a observar con cuidado, sin darme cuenta, los gestos rituales y medidos de los fumadores, que después empleé en un par de relatos con personajes que fuman. Una cosa es no fumar y otra no incluir escenas de fumadores, si se tiene en cuenta el alto rendimiento semiológico, poético y simbólico que se le puede sacar a los gestos con que el cuerpo y las manos manejan los cigarrillos, los fósforos, los encendedores. Me hubiera venido bien aprender y después ejercer yo mismo el arte de fumar

para sentirme menos torpe, ante los pasajeros de los ascensores lejanos de los años juveniles. Por una parte, por suerte no lo hice. Por otra, todo tiene su costo, incluso no fumar, aun no siendo fumador.

LA VIDA TE DA SORPRESAS,
SORPRESAS TE DA LA VIDA

Naty Menstrual

Como cada día, bajé por las escaleras del hotel donde vivía, taconeando feliz y contenta, esperando que la vida me regalara alguna sorpresa. Siendo travesti la vida te sorprende para bien o para mal paso a paso, taco a taco.

La tarde estaba linda. Buenos Aires había dejado de ser un profundo pozo húmedo de calor insoportable y pegajoso y una brisa fresca me soplaba las mejillas. Me iba a internar en el cyber a rastrear algún individuo caliente en busca de un poco de sexo a cambio de algo de guita. Daba resultado, había cada vez más tipos buscando la combinación de un buen par de tetas de aceite con una buena pija. Cuando subí hacia Chacabuco por México, a mitad de cuadra me crucé con una viejita a la que siempre la sacaban en una silla para que respirara aire fresco: humo de colectivos, bocinazos de autos y desfile de dealers y paqueros.

Debía tener cerca de cien años considerando su estado estético. El marido, menos arruinado que ella pero con un Párkinson desesperado, la dejaba en esa silla y se iba a yirar largos ratos. Después, por chusmeríos de viejas de barrio, me enteré de que tenía sus amantes jóvenes que le pelaban la billetera y lo contentaban pajeándolo, qué asco. La viejita,

cada vez que yo pasaba, me saludaba con cariño y me decía cosas lindas. Ese día, cuando la besé le sentí un olor a mugre vieja de la que nunca me había percatado, y camino al cyber me puse a pensar en ese viejo de mierda que no era capaz de ayudarla a higienizarse, sentí bronca por el desamor de ese viejo pajero. Me puse en enfermera de salita y resolví que si él no se hacía cargo, yo por lo menos una vez por semana la iba a dejar como nueva. Cuando volvía del cyber al hotel seguía sentadita ahí, como perdida, o quizás mareada por su propio olor a mierda. Pensé que si olía así por afuera... Me acerqué y le dije con cariño:

—¿Querés que te ayude a darte un baño? Olés un poquito fuerte, puedo teñirte el pelo, cortarte las uñas, ponerte perfume y dejarte como nueva... ¿Qué te parece, muñeca?

Ella me miró con los ojos brillosos y me acarició la cara diciéndome que sí con la cabeza. En eso, llegó el viejo temblando como una hoja seca, lo miré con bronca y le dije:

—Escuchame, ¿es tu esposa o no es tu esposa? No la podés tener así de mugrienta...

Él me miró con desprecio y me dijo:

—Puto, vos dejate de joder y no te metas.

Se ve que el Párkinson no le hacía temblar la voz a la hora de ser maleducado. Le di un beso a la vieja conteniendo la respiración y me fui para mi casa. Ya iba a ver cómo la dejaba a esa pobre mujer, viejo de mierda.

Me tomé el trabajo de hacer vigilancia discretamente hasta que el viejo volvió a sacar a la esposa a la puerta de la casa, sabía que seguramente la momia chancha esa se iba a hacer pajear por una pendeja, o sea que tenía tiempo para bañarla sin problemas. Compré jabón, shampoo, crema de enjuague, tintura, esmalte de uñas, algunas pinturitas y en cuanto vi que el viejo se rajaba me fui a buscar a la vieja.

Entramos a la casa. Había un olor a rancio que te partía la cabeza, muebles viejos, polvo de años, cientos de cucarachas desfilando, vasos, platos, pilas de cubiertos... La casa de afuera era señorial, antigua y linda, pero adentro era como si hubiera pasado un avión bombardeando. La llevé al cuarto y empecé a sacarle la ropa conteniendo la respiración como podía porque el olor, a medida que sacaba cada prenda, me quemaba más la nariz. No podía creer cómo podía haber llegado a eso, pobre vieja. La piel toda rajada, poblada de callosidades, paspada hasta la médula. Llegué a la enagua y me dio miedo sacarla, sus tetitas estaban secas, coronadas por dos pezoncitos como pasas de uva navideñas, era una piltrafa, un esqueleto escapado de un nicho, me daba entre asco y pena. Me preparé psicológicamente para sacarle la bombacha y meterla en la bañera, que ya estaba llenándose de agua tibiecita y limpia. Ella me miró y me hizo que no con la cabeza, me agarró las manos, y yo la miré con cariño haciéndole entender que era para su bien, que no tuviera vergüenza. Se puso nerviosa y me seguía diciendo que no con la cabeza, de todos modos, igual se la saqué porque yo tenía más fuerza.

Cuando terminé de sacarle ese calzón meado y cagado, quedó ante mí su entrepierna y me separé un poco para ver mejor lo que creía que estaba viendo con una cara de horror y sorpresa. Tenía entre sus flácidas piernas un pito pequeño y arrugado con una roja cabeza, como si fuera el pitito de un perro, y colgando debajo, arrugados y secos, los dos huevos. Ella se tapó la cara y luego su miembro, con cara de vergüenza. Me quedé anonadada y salí corriendo sin saber qué hacer, sin poder pegarle el baño a la pobre vieja.

Llegué a casa, entré al baño, me mojé la cara y me quedé pensando. No quería llegar a vieja sin poder bañarme

sola y pasar por eso, prefería que un piadoso tiro de gracia me evitara las penas.

Hice un esfuerzo sobrehumano y pensé que si yo no quería que eso me pasara, lo que tenía que hacer era ayudarla, ponerla linda para que la vida por lo menos ese día le sonriera. Resuelta y decidida, como poseída por el alma noble de la Madre Teresa de Calcuta, volví a salir a los pedos a la calle y entré nuevamente en esa casa para terminar de la mejor manera lo que había empezado. Cuando todo estuvo listo, elegí la mejor silla de la casa y la saqué a la puerta, la senté perfumada y bien vestida, como lista para ver pasar el antiguo y mítico curso de Avenida de Mayo. Le compré en el quiosco de la esquina una revista *Paparazzi* y me senté en el suelo a su lado. Me miró con un gesto dulce y agradecido y me regaló una cálida sonrisa, como los rayos de sol que le acariciaban suavemente su cara de piel blanquita.

Pensé en cuando había bajado la escalera dispuesta a que la vida me diera una sorpresa... y tararé aquella vieja canción que no sabía de quién era... la vida te da sorpresas... sorpresas te da la vida... la vida larailararila la vida te da sorpresas...

LA FÓRMULA DE LOS JESUITAS

Daniel Guebel

Stuttgart, marzo de 1902. Vladimir Ilich Ulianov
Simprime *¿Qué hacer?* En su escrito, Lenin propone crear un partido de revolucionarios profesionales. Sus formulaciones son deliberadamente simplificadoras. De hecho, ha leído a San Agustín y recuerda su frase: “A la pregunta ‘¿Qué hacer?’, el mundo antiguo aportó 288 respuestas”. En septiembre del mismo año, escribe *Carta a un camarada sobre nuestros trabajos de organización*, lo que da un nuevo indicio acerca del rumbo de sus preocupaciones. Desde hace años ha venido enfrentándose en una sorda disputa con Plejanov, quien lo considera excesivamente “centralista”. Él, a su vez, acusa a sus camaradas del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR) de alimentar los debates interminables, el “verbalismo”. Está seguro de que hay que imponer una disciplina a los militantes, hacerlos conscientes de que forman parte de un proyecto colectivo; se trata, en realidad, de construir un organismo de estructuras rígidas y dispuesto al combate por el poder.

En ese sentido, el primer impulso de Lenin es el de imitar el funcionamiento del ejército tradicional (ya sea prusiano, ruso o francés). Pero pronto advierte que este modelo, aunque eficiente en muchos aspectos, sobre todo en el entrenamiento, la disciplina y la subordinación jerárquica, carece de un *ethos* finalista, tiene por causa única su propia preservación como forma. El ejército tradicional –entiende– es la cristalización de una idea, una máquina consumada e intelectualmente muerta, no un instrumento de uso posible. *Ningún ejército transformará el mundo*. Por lo tanto hay que mirar para otra parte. ¿Hay un nuevo orden de ejército? ¿Hay un modelo utilizable?

Sí. Sin duda. Y ya tiene varios siglos sobre la tierra.

Despuntando el vicio por los disfraces y las caracterizaciones que lo distinguiría de otros líderes políticos, Lenin abandona su domicilio en Berna y se presenta a las puertas del monasterio jesuítico de Lovaina vistiendo los hábitos de un benedictino. Alega estar perdido y pide permiso para pasar la noche.

–Me arreglo con el duro banco del refectorio –dice.

A cambio de su solicitud, lo conducen a un ámbito oscuro y silencioso. Obediente como un cadáver, se acuesta donde le indican. El viaje ha sido agotador y se duerme al instante. Despierta con el sol. Lo primero que ve, con el esplendor de una imantación, es una esfera de cuero pintado que acaba de detenerse luego de su último giro: un globo terráqueo. Luego, ve un dedo largo, de uña esculpida; el dedo que lo movió sobre su eje. Lenin se endereza.

–¿Estoy detenido?

Quien responde es el dueño del dedo, Philippe de Groiselliere, el nuevo principal de Lovaina:

–Dificultar la libertad de movimientos no es algo que forme parte del entrenamiento que aquí proporcionamos... camarada.

–Veo que no tiene sentido que intente ocultar mi identidad –sonríe Lenin.

–Tampoco apostamos a la identidad de nadie –dice Groiselliere–. Pero siempre nos gusta recibir visitas del mundo exterior. Sobre todo si se trata de alguien que no pertenece a nuestro círculo de relaciones e influencias. ¿Puedo preguntarle a qué debemos el honor...? ¿O permite que me adelante a imaginar los motivos?

–Es lo menos que puedo conceder, ya que de hecho lo obligo a desempeñarse como mi anfitrión.

–Bien. Descuento que el motivo de su arribo a este centro de operaciones de la Compañía de Jesús es ajeno a la voluntad de mantener algún diálogo escatológico. No es la teoría lo que te trae, sino la dura práctica.

–¿Es necesario escindir tan brutalmente ambos aspectos? –protesta Lenin–. Los grandes fracasos históricos se deben en su origen a desviaciones teóricas que son, en definitiva, desviaciones filosóficas...

Groiselliere lo interrumpe:

–Lejos de ser la filosofía, es la religión la que constituye el ámbito de pensamiento donde se deciden, si no los éxitos y fracasos de la política revolucionaria, por lo menos la capacidad para nombrarlos y explicarlos.

Por cierto, la religión construye su dominio universal a partir de un criterio administrativo: la interpretación de los hechos en base a su adecuación o desvío respecto del plan de la economía divina.

—O sea que la religión sería la instancia de nominación trascendente de los avatares de la política...

—Al menos así la entendemos nosotros. Y no te hagas el idiota, porque es precisamente a partir de la comprensión de los resultados de ese entendimiento que te has tomado la molestia de abandonar momentáneamente a tus amiguitos del Partido... Martov, Kamenev, Zinoviev y toda esa runfla. Así que... bienvenido al juego de la gran política... ¿Un café? ¿Un vaso de agua?

—¿Vodka no hay? En toda Suiza no se consigue una sola botella.

—No.

—Agua, entonces. Una curiosidad. ¿Cómo se las arreglan sin mujeres? No es que yo...

—Perfectamente bien, gracias. ¿Cuál es, con exactitud, el punto que te trae por aquí?

—No sé si debo...

—Puedes llamarme Philippe. Estás entre personas de confianza: hasta aquí no alcanza el brazo del servicio secreto de Nicolás II. Y desde luego tomaré todo lo que me digas como un secreto de confesión.

—En ese caso... ¡Hay algo que quiero saber!

—Te escucho...

—Si una religión es un Estado, o al menos un Estado de Cosas de la Fe, lo que me interesaría discernir es

cómo pudo Pablo de Tarso inventar el catolicismo a partir de Jesús, un sujeto que carecía de toda entidad en el momento de anunciación de la verdad paulina. Porque no nos olvidemos de que en ese momento Él estaba muerto, y que Pablo...

–San, por favor...

–... Y que San Pablo anunciaba el único acontecimiento imposible de su existencia: la resurrección. Quiero saber, en resumen, cómo organiza San Pablo su partido religioso en el cruce entre un sujeto ya inexistente y su acontecimiento improbable. Quiero saber cómo, a partir de esa confluencia de absurdos, funda en la historia la posibilidad de una predicación que abarca toda la especie humana.

–¿Un marxista quiere fabricar su Jesús propio bajo la forma de una ley política de funcionamiento planetario?

–Sí. Salvo que no se trata del Hijo, sino del Partido.

–Ah, pero qué interesante... ¿Y cuál es tu idea del lugar de Dios Padre dentro de este sistema?

–Respetuosamente...

–Respetuosamente quieres decirme que a tu criterio Dios es innecesario, que la teología es una materia sin objeto, y que no existe en el Universo nada mejor, nada más grande, nada más verdadero que aquello de lo que somos capaces. Significa que para ti hay evidencias, pero nada es sagrado. Y que por lo tanto puedes desligarte de toda verdad con mayúsculas, o de toda ilusión de verdad, y a cambio estás dispuesto a construir un artefacto conceptual fundado en la eficacia.

–Podría decirse que quiero imponer un ideal, o al menos la consideración de la posibilidad de una creencia colectiva...

–Si es eso lo que quieres, así se hará. ¿Conocías la famosa frase: “Las catedrales se hacen con barro y bosta, pero no son barro y bosta”?

–No.

–Te la cedo a beneficio de inventario. Ya la usarás desde balcones, púlpitos y tribunas, cuando quieras inflamar al proletariado con tus discursos. Lo que por ahora puedo decirte es que la apuesta de San Pablo por la resurrección no requiere de una vida anterior de Cristo; incluso, en su opinión, el cuento “realista”, biográfico (del que se ocupan en detalle el resto de los Apóstoles), afea la perfección de su fábula.

–La resurrección de un ser sin vida anterior que la justifique... ¡Es una idea espléndida!

–Así es... La causa incausada. Eso es Dios, o su invento más soberbio, la religión.

–Entonces...

–Entonces, hermano Vladimir Ilich Ulianov, bienvenido. El hermano Francisco te mostrará tu celda...

–Una última pregunta.

–¿Sí...?

–Hay cuestiones ligadas a la construcción del Partido, la dirección de las masas, la lucha contra el espontaneísmo y el economicismo que son previas a la toma del Gobierno. Y luego, cumplido el paso de la insurrección triunfante, está la cuestión del manejo del Estado y la construcción del socialismo que...

–¿Sí...?

–En definitiva, ¿cómo recibió San Pablo...?

–¿La gracia?

–La gracia, sí. O, digamos, el milagro de su maravillosa invención.

–En su condición de último cristiano primitivo y de fundador del catolicismo –dijo Groiselliere–, él no fue condicionado ni convertido por nadie, por lo que en su caso podemos descartar todas esas monsergas moralistas sobre la “iluminación mística” como premio al esfuerzo y el sufrimiento. San Pablo fue todo mal aliento, ferocidad, cálculo y voluntad de poder. Como San Ignacio de Loyola, por otra parte. Bien. ¿En qué estábamos? Ah. En relación con tu estadía en este monasterio... puedes dejar la puerta de tu celda sin llave.

–Pero ¿y mis pertenencias...?

–Por eso no te preocupes; aquí todo es de todos. Los jesuitas consideramos que la propiedad es un robo.